

Apuntes andaluces



Martín de León

Un pueblo.

TRES colores. Azul, verde y blanco. Visión luminosa de un pueblo andaluz en tres colores. El azul, el verde y el blanco. Azul en el cielo, verde en los jardines y blanco en los muros de las claras viviendas. Una luz áurea reverbera en las calles, chispea en los cristales de los cierros y brilla en las guijas del pavimento. Una acera en sombra y otra iluminada; dientes de tejadillos arrojados a tierra por la burla del sol. La calle principal del pueblo es una maravilla de gracia. Las ventanas, bajas, anchas, verdes, salen de sus paredes blancas y avanzan hasta media acera, formando recoditos y rinconcillos encantadores.

Cada ventana es como una alacena que hubiesen sacado a la puerta los vecinos.

Estas ventanas, vistas en fila desde el comienzo de la calle, producen en el espectador amante del encanto pueril que rodea a las pequeñas cosas, una impresión inolvidable. De pronto, el viento mueve una persiana de junquillos verdes y se separa de los hierros, también pintados de verde. Entonces se columbra el interior de una salita, de un comedor, de una alcoba. Se columbra nada más, porque está en sombra el interior y porque la luz del sol es demasiado viva en la calle, blanca en las paredes de las casas, verde en las ventanas-armarios y azul, intensamente azul, en esa cinta esplendente que se desenrolla sobre

el encaje de los aleros. Otro encanto del pueblo andaluz: Los cierros de madera y de cristales policromos suspendidos de la cintura gentil de estas casitas blancas, tan blancas y tan perfumadas que parecen cubiertas de azahares. ¿Y las pirulillas rosadas, amarillas, rojas y también verdes y azules, que se delinean netamente sobre el cielo clarísimo?

Estos remates de vistosa cerámica, son como piñitas de juguete que aparecen en los pilaritos de las azoteas y en cada ángulo de los pretilos de las miras.

Hay unos alambritos que en la altura cruzan la calle como un trapecio ideal. Son hilos del telégrafo. Sobre estos hilillos se ven saltar de vez en cuando, unos gorriones; a veces, entre ellos se mezcla una golondrina, que lindamente posa su cuerpecillo alargado fino y gentilísimo, en uno de los hilos. Más alta, de vez en cuando también, cruza por la cinta azul del cielo una paloma de albo plumaje, y al descender, su ovalada pechuga finge una magnolia desprendida de un árbol invisible. Recorriendo este pueblo andaluz, blanco y luminoso como todos los pueblos de la provincia de Sevilla, se ven remansos de paz y de olvido, plazoletitas recién regadas, frescas como búcaros y donde los abanicos redondos de las palmeras se mueven como si los agitasen graciosamente una mano de mujer. Un recodo encantador. Una casita con muros de un verde claro, un zaguán de guijas amari-